

SERMON

DE SAN JUAN DE DIOS.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

¿ Quis infirmatur, et ego non infirmor?

¿ Quién enferma, y yo no enfermo?

II. á los Corintios, c. 11. v. 29.

¿ Qué respetable es la verdadera virtud! No es enfadosa, rústica ni desabrida: no es desdenosa, imprudente, adusta, seca ni desapacible. Aborrece sí la ostentacion, el fausto y el artificio; es enemiga de todo engaño, y nunca, nunca puede asociarse con la mentira. Majestuosa en su noble simplicidad, se muestra humilde; pero esto acrecienta su hermosura. Es verdad que ignora esos aires de cortesanía mundana que tanto desdican de su sinceridad; pero tambien es cierto que nada omite para dar al Criador y á las criaturas lo que les compete; que siempre atiende á dar honor á Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. El hombre virtuoso, dice el Profeta, conserva su corazón en la ley de Dios, y la tiene delante de sus ojos. La única regla de su conducta es la voluntad del Señor su Dios: el modelo que se propone es Jesucristo crucificado; el Evangelio es su ley y las vidas de los santos su escuela. En imitar á los escogidos y amados de Dios en su santidad consiste todo su estudio: piensa en la muerte, en la eternidad y en el cielo; se consuela con las verdades eternas de nuestra santa y adorable religion, y ocupado de continuo en amar á Dios y á los suyos, se alimenta del amor divino, vive de la fe, y es el justo tan elogiado en los libros santos.

Ved aquí, señores, el retrato de la verdadera virtud, segun

san Pablo. De él se valen los ascéticos para exhortar á los hombres á considerar la virtud como es en sí misma, y no como el mundo la pinta. Yo me aprovecho del mismo para daros á conocer al héroe de vuestra devocion, al padre de los pobres enfermos, al hombre caritativo que el cielo presentó en Granada trescientos años hace, al español mas benéfico que ha dejado verse en la tierra, al verdadero amigo de sus semejantes, al grande, al esclarecido y admirable san Juan de Dios, cuyo solo nombre revela toda su virtud, todo su mérito, toda su grandeza. ¿ No puede asegurarse que cuanto se enuncia de la virtud se predica de este santo prodigioso? En este discurso lo vereis. San Juan amó á su Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. Por amor de Dios amó tambien á los hombres con una caridad tan acendrada, que bien podia decir á todos como san Pablo: ¿ quién de vosotros enferma, y no enfermo yo en él? *Quis infirmatur et ego non infirmor?* Está indicada la materia que he elegido para formar el panegírico de san Juan de Dios con provecho de vuestras almas. Dios quiera favorecerme con su gracia.

Para obligarle, acudamos todos á la Reina del cielo, y digámosla con san Lorenzo Justiniano: Vos, Señora, sois la esclava del paraíso, la puerta de la ciudad eterna, la abogada del mundo y la medianera entre Dios y los hombres. Nosotros necesitamos de vuestros auxilios, y para merecerlos nos basta saber que sois la Madre de misericordia y de la divina gracia; aquella feliz criatura á quien dijo el ángel del Señor: *Ave María.*

Siendo concebidos en pecado, todos nacimos esclavos del demonio, hijos de maldicion y objeto del furor divino. Pero los cristianos renacimos en las saludables aguas del bautismo, y desde entónces gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derechos á la herencia eterna de la gloria y entramos á ser miembros del cuerpo místico de la iglesia de que es *cabeza* Jesucristo, *cuello* su santísima Madre, y *pecho* los santos padres y doctores que ha elegido el Espíritu santo para regirla y gobernarla. Ved aquí nuestra dicha, los títulos de nuestra nobleza y nuestra incomprendible dignidad. El nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honrosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lustrosos y lucrati-

vos, los nombres magníficos y toda esa grandeza ampulosa que tanto se aprecia entre los mundanos, ¿qué viene á ser sin las virtudes cristianas? Nada. Llenos están los infiernos de esos dichosos del mundo, de esos héroes de la fábula de esos semi-dioses que se han dejado ver sobre la tierra. Pero ¿han sido felices tan siquiera en ella? No, señores. Los monarcas mas poderosos no han podido impedir que nazcan las cruces en los mismos regios alcázares, habiéndolas sembrado Dios en todas las partes. Sola la virtud cristiana puede convertir en flores las espinas, los trabajos en delectaciones, la tribulacion en gozo, la petinencia en consuelo. La virtud sola auxiliada de la gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazon, desvanece los espantos, disipa los temores y hace gustar al alma una alegría pura precursora de la que gozan los bienaventurados en la gloria. Búrlense en hora buena los mundanos de la modestia, de la circunspeccion, de la vida penitente y fervorosa de un virtuoso y timorato: llamen iluso, fanático y preocupado á un buen cristiano, y júzguenle con la sabiduría necia é insensata del mundo; que al fin todos vendrán á confesar que solo son dichosos los que aman á Dios y cumplen con sus preceptos.

Hablen si no los hechos: preséntese san Juan de Dios á la consideracion de los sensatos: examinen su vida prodigiosa, síganle en todos sus pasos, y si en su juventud le encuentran dissipado, admiren su conversion, vean su asombrosa penitencia, mediten sobre el amor divino que abrasaba su corazon, fijen su atencion en sus virtudes heróicas, y digan si no es cierto que los que desprecian las pompas y vanidades del mundo por seguir á Jesucristo, son los verdaderos grandes, ricos y poderosos de la tierra. Es educado nuestro santo en el temor de Dios: le enseñan sus padres, como los suyos al jóven Tobías, á huir del pecado; pero él huye de la casa paterna, sienta plaza de soldado y se pervierte. En la licencia militar el error era su padre, la disolucion su madre, la maldad su compañera. Este jóven inexperto se desboca, se precipita, comete un delito de esos que en la milicia se castigan con la pena de la vida, y es justamente condenado á la horca. Pero Dios le mira desde el cielo, la Providencia le tenia destinado como á otro Saulo para ilustrar al mundo con sus virtudes, y dispone que no se ejecute la sentencia de muerte en nuestro Juan, sino que sea arrojado ignominiosamente del cuerpo y entregado á los remordimientos del

crímen. Aquí puede decirse que principia la vida santa de este nuevo Pablo, de este Agustin convertido, de este Bruno penitente.

San Juan de Dios ilustrado con las luces de la fe, mira sus pecados como los miraron san Pedro y la Magdalena, las Pelagias y Egipciacas, los Ciprianos y otros mil y mil santos que asombraron al mundo con sus penitencias. En la soledad de su corazon estudia al hombre, y conoce lo que es cuando, presa de sus pasiones, condena las máximas del Evangelio, se fabrica una especie de religion acomodada á sus sentidos, y vive sin fe, sin devocion y sin piedad. Á los piés de Jesus crucificado comprende que los gustos, alegrías, diversiones, felicidad y riquezas de los mundanos son nombres especiosos propios para engañar á los mortales, y con la gracia que le iluminaba los detesta, los abomina, los relega al olvido de un desprecio eterno, y dice á su Dios como el publicano del Evangelio: Señor, pequé, tened misericordia de mí. — Entónces el Dios de los humildes infundió en su siervo la gracia que santificó á la Samaritana, á Zaqueo, á la pública Pecadora, á la Mujer adúltera, al buen Ladron y á cuantos le invocaron humildemente. El espíritu consolador inflama el corazon de nuestro santo, le llena del amor divino que hizo un serafin de la Magdalena, y despues de haberle dirigido para hacer una confesion general muy dolorosa, le presentó al mundo como á los apóstoles en Jerusalem el dia de Pentecostés. No se contentó Juan con confesar, detestar y arrepentirse de sus culpas y pecados: la llama del amor divino le devoraba; amaba á su Dios y Señor con un amor tan fervoroso, que deseando acreditarlo con pruebas ciertas y positivas, marchó al África á dar su vida por Jesus, á sufrir y padecer los dolores y tormentos del mas cruel martirio, creyendo que así podria demostrar la sinceridad de su conversion, y el amor que tenia á Jesucristo. Llegó á Ceuta, encontró á un caballero portugues con su mujer y cuatro hijas sumidas en la mayor miseria, y no solo se ofreció á servir de criado á aquella pobre familia, sino que movido de aquel fondo de compasion y caridad que formaba su distintivo y carácter, se puso á trabajar de peon en las obras públicas para ayudar con su triste jornal á aquellos necesitados. Aquí se descubre el terreno en que este santo prodigioso habria de manifestar sus virtudes dependientes del entrañable amor que tenia á Dios y á los hombres.

Esta caridad ardiente le hizo conocer la voluntad de su divino Redentor, y por cumplirla se retiró hácia España, llegó á Gibraltar, y caminando un dia hácia el interior de la nacion católica, encontró á un niño hermosísimo que caminaba con los piés descalzos. Era Jesus, que mostrando en su mano una granada abierta, de cuyo centro salía una cruz, le dijo: Juan de Dios, Granada será tu cruz; y al punto desapareció. ¿Quién será capaz de haceros percibir el dulcísimo consuelo de que fué inundado en esta ocasion este prodigioso santo? Es verdad que entónces no comprendió el misterio; pero tambien es cierto que se acrecentó en su alma el amor celestial que infunde el Espíritu santo en los corazones de los justos, y que ya no tenia otros pensamientos que los que tiene un verdadero penitente, un hijo de la gracia que hace ángeles de pecadores.

Llega por fin á Granada san Juan de Dios. Asiste á un sermón que predicó el venerable Ávila, llamado *apóstol de Andalucía*, y el Señor encendió en su corazon un arrepentimiento tan vivo y una contricion tan perfecta de sus pecados, que llenó la iglesia de sollozos y gritos descompasados. Salió á las calles y plazas, y como si fuera un frenético, por todas partes iba gritando y diciendo á voces: *Señor, misericordia: Señor, misericordia*. Todos creyeron que habia perdido el juicio: le tuvieron por loco; le tomaron por su cuenta los muchachos y gente de la plebe, y bien comprendéis cómo le tratarian. Pero san Juan de Dios amaba á Jesus, vivia en los brazos de la penitencia, y el sufrir desprecios, baldones, oprobios, afrentas, dolores y trabajos era lo que deseaba su alma atribulada con el recuerdo de sus pecados. Loco, loco he sido en haber pecado y ofendido á mi Dios; loco soy en no convertirme haciendo frutos dignos de penitencia; merezco todo cuanto se me haga sufrir: atormentad, herid y despreciad á este miserable merecedor de las penas del infierno. Así se explicaba públicamente san Juan de Dios por todos los puntos de Granada, ofreciendo un espectáculo tan extraordinario, que llamó la atencion de las autoridades, quienes llevaron al santo al venerable Avila para que examinase su espíritu y viese cómo debiera tratarse á un hombre tan raro y singular. El gran maestro, conocedor de espíritus, quedó admirado de la heroica simplicidad del humilde penitente; alabó á Dios por los adorables designios de su providencia; consoló á Juan exhortándole á que pusiese toda su confianza en la infinita

misericordia del Dios que habia muerto por nosotros en una cruz afrentosa; le mandó que se abstuviese de aquel género de mortificacion, ordenándole que cesase en su aparente demencia, y san Juan de Dios quedó consolado, sumiso y obediente á la voluntad de Dios manifestada por su ministro.

Repentinamente se notó en el santo una mudanza asombrosa, la que dando á conocer á todos los motivos verdaderos de sus extrañas humillaciones, principiaron á venerarle y á tenerle por lo que era; por un asombro de penitencia. Creció la admiracion de los grandes y poderosos, de la nobleza y de la plebe, al observar que san Juan de Dios se presentaba como el modelo y ejemplar mas edificante de la caridad, de la compasion, piedad y misericordia, y efectivamente este era el terreno en que el Omnipotente quiso dar á conocer al siervo fiel entregado á su servicio. La caridad es el complemento de la ley, segun san Pablo: ella hace suave el yugo de Dios y lijera su carga: es el alma, la vida y la fuente de todas las virtudes, y sin ella, ni la fe, ni la profecía, ni el martirio tienen precio delante del Señor. La caridad es en el orden la última de las virtudes teológicas, pero es la primera en la perfeccion y las mas excelente de todas; porque á todas las manda, á todas las perfecciona, á todas las mueve, á todas las dirige y todas la sirven, pudiéndose asegurar que en donde reina la caridad están todas las virtudes y aun Dios mismo, porque Dios es caridad, segun san Juan Evangelista. La caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera: es benigna y apacible y se alegra de la verdad, repugnándole la envidia, la ambicion, la soberbia y la maldad. La caridad... pero al describirla se me figura que hago el elogio de san Juan de Dios, porque esta reina de las virtudes parece que fijó su asiento en este santo maravilloso, y que en él quiso darse á conocer á los mortales. Amó san Juan de Dios á su Dios con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos, llegando á ser este amor divino el distintivo de este santo, el móvil de todas sus acciones; el alma, la vida y el corazon de este serafin encarnado. De aquí el verse en san Juan de Dios vivas, latentes y palpitantes todas las doctrinas de los santos padres en orden á la caridad. Si san Agustin dice que el hombre compuesto de alma y cuerpo es de dos maneras objeto de la caridad, en san Juan de Dios deja verse que la caridad socorre al hombre en sus necesidades corporales; que le viste si está

desnudo; que le alimenta si está hambriento; que le visita si está en la cárcel; y que le ayuda, le asiste, le sirve, regala, consuela y socorre si está enfermo. Si la caridad, dice otro santo padre, sirve de ojos al ciego, de manos al manco, de piés al paralítico, y es un remedio universal á las enfermedades del cuerpo igualmente que á las del alma; si la caridad alumbrá al hombre que vive en las tinieblas de la ignorancia; alienta al que desfallece de pena y lleva la alegría, la paz y el consuelo á los desolados, ¿no se ven, se palpan, se sienten y se perciben todas estas cosas en san Juan de Dios?

Vedle en aquella pobre casa que alquiló en Granada para recoger á los pobres enfermos que encontraba abandonados en las calles, y en el caritativo cuidado y diligente solicitud con que los asistía, socorria y atendía, y conoceréis que san Juan de Dios, semejante á la gallina amorosa que tanto se afana por sus polluelos, no pensaba mas que en llamar, buscar y recoger enfermos y necesitados para socorrerlos, cuidarlos y ampararlos. Conoceréis que su caridad eximia le hacia mirar su pobreza evangélica como un manantial inagotable de riquezas, y que con ella no dudó emprender la obra mas colosal que en aquellos tiempos tuvo lugar en la España: pues sabido es que de aquel primer asilo de los pobres enfermos se hizo á impulsos del celo de san Juan de Dios el hospital mas grande y famoso de toda Europa. Comprenderéis tambien, que un santo encendido y abrasado en amor de Dios y de los hombres, es el mas á propósito para fundar, como nuestro santo fundó, la religion de la hospitalidad, que Dios suscitó para renovar en él y en sus hijos la caridad fervorosa de los primitivos siglos de la iglesia; y no extrañaréis que tan benéfico y humanitario instituto se haya extendido por todos los ángulos de la tierra, siendo el asombro y admiracion no solo de los fieles, sino hasta de los mismos impíos, que habiéndose declarado contra las órdenes monásticas, respetaron la esclarecida de san Juan de Dios, tipo, modelo y ejemplar de toda obra inspirada, dirigida y consumada por la caridad. Seguid los pasos de este singular hijo de la caridad, y le vereis salir de su hospital para ir á socorrer á los pobres vergonzantes, á amparar á las doncellas pobres, á sacar con sus santas industrias á las mujeres perdidas del infeliz estado de la culpa al dichoso de la gracia, y tener sobre sí la solicitud de todos, como san Pablo, á quien siempre imitaba

diciendo á todos sus semejantes: ¿Quién de vosotros enferma, y yo no enfermo con él? *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?*

Hombre de este temple, formado en la escuela de Jesus, y dirigido por su santo espíritu, no podia obrar ni vivir sin pensar de continuo en su Dios, sin alimentarse de la oracion, manjar de los santos, como lo aseguran los santos mismos. Siempre oraba san Juan de Dios, puesto que nada hacia sino pidiendo, suplicando y alabando á su divino Redentor. De aquí el haberle dotado Dios del don de la mas alta contemplacion, el haberle favorecido con las mayores gracias, el haberle dispensado el don de profecía y de milagros, y el haber merecido que se le apareciese en una ocasion María santísima y le dijese: *Juan, por las espinas y trabajos merecerás la corona de gloria que mi Hijo te tiene preparada en el cielo.*

Encontró un dia san Juan de Dios un pobre que al parecer estaba para espirar: cargó con él, le llevó al hospital, lavó los piés, y al ir á besárselos como acostumbraba, vió que los tenia taladrados como los de un crucifijo: levantó los ojos para ver al pobre, y halló que era Jesucristo que le decia: Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras conmigo mismo: cuando lavas sus piés lavas los míos: cuando curas sus llagas curas las mías. Dicho esto desapareció el pobre divino y celestial, dejando á san Juan de Dios cercado de una llama tan resplandeciente, que los enfermos asustados creyeron que se habia prendido fuego y que ardía el hospital. Despues de esto principió á enfermar de amor este santo esclarecido, fijó su vista en el cielo, se preparó con los santos sacramentos, y encomendando su espíritu en manos del Señor, murió como santo, y los ángeles le introdujeron en la patria del descanso eterno, en donde por los siglos de los siglos será dichoso y feliz por haber sido virtuoso.

He concluído; pero no bajaré de este púlpito sin exhortaros á hacer aplicaciones para que me digais, si puede enunciarse de la virtud alguna excelencia que no haya manifestado nuestro Dios en este su santo siervo. Si no tenemos en él el modelo y ejemplar mas á propósito para convertirnos al Señor; confiar en su piedad y misericordia; emprender con su gracia el viaje del cielo por el camino de las virtudes, y prometernos de la bondad inmensa de nuestro Dios aquella gracia eficaz que hizo

tan santos á los apóstoles, tantas veces reprendidos de terrenos y carnales por nuestro divino Salvador y Maestro. Si en estos tiempos se desprecian las aseveraciones teóricas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traído á este santo templo. No perdais de vista á san Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalem de la gloria que á todos deseo. Amen.

SERMON

DE SAN JUAN EVANGELISTA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Hic est discipulus ille qui testimonium perhibet de his et scripsit hæc : et scimus quia verum est testimonium ejus.

Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió : y sabemos que su testimonio es verdadero.

S. Juan, c. 21. v. 24.

Difícil es la situación del sacerdote que habiendo de celebrar con elogio las grandezas de un varon tan privilegiado como san Juan Evangelista, tiene que referir en honor suyo los méritos de sus acciones, conservadas no solo en la tradicion de las gentes, sino demostradas en esos escritos que ocupan los sagrados Libros.

¿Cómo podré yo atreverme á graduar su mérito, cómo hacerlos notar sus bellezas, si mi limitado entendimiento no puede seguir el rápido vuelo de la imaginacion divina de san Juan, que lanzándose en lo pasado y en el porvenir de los tiempos, ha reunido en cortas, pero inestimables páginas, la historia de los destinos de la humanidad?

¿Quién habrá que pueda hablar dignamente del amado del Señor, del que mas se le ha asemejado entre los hombres por la pureza de su cuerpo y de su alma, habiéndole Jesus hecho su hermano y propuéstole en adopcion á María? Cuando se ha de hacer una reseña de la vida de un hombre; cuando se trata de dar una idea de un suceso presente ó futuro, es necesario que aquel que intente describirle domine el objeto que se propone hacer conocer, y se haga en cierto modo superior á sí; y